

Portales de múcara. Una etnografía del puerto de Veracruz*

Para José Luis Delgado Lezama

En realidad, pienso que no importa de dónde se haya partido, no importa cuán lejos se halla avanzado, no importa cuál ideología se profese, lo Caribeño siempre quedará más allá del horizonte.

ANTONIO BENÍTEZ ROJO¹

Un buen día, a mediados de la década de 1990, al hojear las páginas de la sección cultural del periódico *El Financiero*, en una breve y malograda nota me entero que, desde 1993, un joven antropólogo madrileño, que respondía al nombre de Juan Antonio Flores Martos, se le había ocurrido la temeraria idea de hacer su tesis doctoral sobre la cultura urbana del puerto de Veracruz. Yo, que para entonces ya tenía casi una década de residir en el puerto, trabajando como investigador y promotor cultural en el Instituto Veracruzano de la Cultura (IVEC), y que estaba al tanto y al día de cuanto tenía que ver con la cultura y la historia de Veracruz, no entendía

cómo no me había topado, aunque fuera por casualidad, con esta rara avis de la antropología española. Menos entendía todavía qué extraña atracción o magia tenía Veracruz, como para que este “despistado” etnógrafo de la Universidad Complutense de Madrid, mares Atlántico y Caribe de por medio, hubiera escogido este resbaladizo y casi inaprehensible puerto como objeto de sus pesquisas y averiguaciones más caras.

Por fin, un día cualquiera de 1996, al final del Callejón de la Campana, me encuentro al antropólogo veracruzano Manuel Uribe Cruz, *Malinowski*, y, junto a él, ¡adivinaron!, al famoso y (mal) publicitado antropólogo español que yo, para esas fechas, pensaba que, o bien era un fantasma como los que atormentan de vez en cuando a los pobladores de Veracruz, o bien de plano había abandonado para siempre su tema de estudio y naufragado sin remedio en los placeres mundanos que ofrece cotidianamente el puerto, como suele muy a menudo suceder hasta con los más avispados investigadores y estudiosos que en él arriban.

Sin embargo, para mi sorpresa, Juan Antonio no se dejó llevar por el canto de las voluptuosas sirenas del Caribe, ni se dejó cautivar del todo

* Juan Antonio Flores Martos, *Portales de múcara. Una etnografía del puerto de Veracruz*, col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2004.

¹ Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, col. Ceiba, Casiopea, Barcelona, 1998, p. 413.

por el llamado “tropicalismo del blanco” y así, luego de dos cortas “estancias de campo” en el puerto (junio-septiembre de 1993 y agosto-febrero de 1997) —en las que, por cierto, pudo intimar con casi todo el espectro social porteño, gracias a su don de gente y a la patente de corzo que le significaba su facha y estatus de extranjero—, y de dos años de arduo trabajo de “gabinete” —me consta—, logró terminar, contra viento y marea, su tesis doctoral en marzo de 1999 con el mismo bello título que ahora toma este grueso volumen de 813 páginas: *Portales de Múcara. Una etnografía del puerto de Veracruz*, editado por la Universidad Veracruzana en su colección Biblioteca, bajo el cuidado del poeta Nacho Aguilar Marcué, con un “Prefacio” de José Velasco Toro, un fragmento en su portada de *Carnaval en los portales* —obra pictórica de Milburgo Treviño, conocido artista plástico local— y un pequeño *dossier* de fotografías del propio autor, del Fondo Joaquín Santamaría del Archivo General del Estado de Veracruz (AGEV) y del Fondo Francisco Rivera Ávila del Archivo y Biblioteca Históricas de la Ciudad de Veracruz. Es decir, tuvo que transcurrir poco más de una década, contada a partir del inicio de esta aventura intelectual, para que, por fin, Juan Antonio viera materializado todos sus esfuer-

zos, desvelos y angustias —y no exagero, de veras— en una dignísima publicación.

Imposible, por supuesto, abordar a detalle, en este breve comentario, todos y cada uno de los temas y subtemas que Flores Martos desarrolla a lo largo del libro. Me conformo en esta ocasión con esbozar algunas de las estrategias y propuestas de análisis que el autor utiliza para no perder la brújula en esta “Babel tropical” del Caribe mexicano y para intentar explicar e interpretar la cultura de esta urbe, puerta, puerto y puente de México desde el siglo XVI. Veamos.

En primer término, me parece muy pertinente dejar claro —como con humildad intelectual poco común en el medio académico lo acepta el propio Juan Antonio en la “Introducción” de esta magnífica obra—, que ésta no es *la* etnografía del puerto de Veracruz, sino *una* “entre las necesarias y posibles”. Un ensayo etnográfico, confiesa Flores Martos, “acéntrico —o mejor multicéntrico—, y a veces algo excesivo quizá debido a una ‘contaminación’ no planificada de esos mismos caracteres presentes en esta cultura urbana” (p. 36). Esto, por supuesto, no demerita, ni mucho menos, este titánico esfuerzo intelectual por abarcar y comprender el puerto de entresiglos; al contrario, es una invitación abierta a todos los investigadores

mexicanos en general y a los veracruzanos en particular a que, desde ópticas diversas, le hinquen el diente a esta compleja sociedad porteño-caribeña periférica poscolonial.

En segundo lugar, como también lo apunta el autor, Veracruz, por lo menos hasta hace unos años, seguía estando “fuera del mapa” de la antropología mexicana y veracruzana: ¿para qué estudiar una ciudad —se pregunta Flores Martos, tratando de buscar una razón de peso a esta absurda omisión de la academia— “donde la modernidad de sabor *gringo* parece haber contaminado, y para algunos arrasado, las tradiciones de la ciudad [...]”? (p. 40)

Esta indiferencia era más notable si tenemos en cuenta, por ejemplo, el cúmulo de trabajos que dentro de la disciplina histórica habían aparecido desde la década de 1980 sobre el puerto. Y es que aquí —parecería un sobreentendido entre los círculos académicos y culturales—, no se viene a *investigar*, ¡qué va!, se viene a *vivir* con intensidad y sana alegría las *cachondeses* del Trópico, se viene, en un palabra, *a-echar-desmadre*, por lo menos desde la estereotipada mirada fuereña de los estudiosos de Xalapa y del Distrito Federal.

Por fortuna, actualmente, además de las imprescindibles investigaciones de Juan Antonio, contamos también con los importantes trabajos sobre las

prácticas culturales de los veracruzanos, diurnas y nocturnas, del joven y brillante investigador Genaro Aguirre Aguilar,² que apenas empiezan a ser difundidos por la Universidad Cristóbal Colón.

Está visto, pues, que en Veracruz es posible hacer ambas cosas, es decir, estudiar y *reventarse* a la vez, pero también que el puerto, contra lo que muchos piensan, es algo más —aunque también es eso— que el Gran Café de la Parroquia, los Portales de Lerdo, el Malecón del Paseo y las playas de Villa del Mar y Mocambo. O sea, que bajo el Veracruz superficial, obvio, de postal, turístico se encuentra un Veracruz profundo, denso, *kitsch*, surrealista, neobarroco que es necesario descubrir y escudriñar para entender cabalmente su sociedad y su cultura.

En tercer lugar, debe señalarse el enorme obstáculo que significa estudiar una sociedad que como la veracruzana posee poco interés por los archivos, “descuido y desapego —afirma el autor— más propios de una sociedad ágrafa” que de una “sociedad cosmopolita y de la modernidad (periférica)” en la que supuestamente

² Véase, por ejemplo, Genaro Aguirre Aguilar, *Los usos del espacio nocturno en el puerto de Veracruz*, col. Textos Universitarios, Universidad Cristóbal Colón, Veracruz, 2001.

se halla inmersa (p. 29). Esta precariedad y dispersión de los acervos porteños, por lo demás, es bien conocida por cualquier investigador que haya intentado hacer historia mediata o inmediata del puerto. Da la impresión de que en Veracruz a nadie o a casi nadie le interesa el destino que pueda tener no sólo el patrimonio archivístico, hemerográfico e iconográfico, sino incluso el monumental y el intangible; inercia que, por desgracia, es muy difícil revertir, a pesar de los esfuerzos de algunas instituciones encargadas de conservar y difundir el patrimonio cultural, entre las que destacan el IVEC, el INAH-Veracruz, la Universidad Cristóbal Colón y la Biblioteca y Archivo Históricas de la Ciudad de Veracruz. Como sea, lo cierto es que, en general, en los pueblos del Caribe, ubicados en su núcleo y en su periferia, como atinadamente ha señalado el ensayista cubano Antonio Benítez Rojo, “fuera del estrecho ámbito de las élites urbanas [...] la cultura criolla se organizó y se transmitió, principalmente, a través de la palabra y la memoria”.³

Por ello, a Juan Antonio no le quedó más remedio que acudir, para armar su aguda y abarcadora etnografía urbana, a una serie de elementos (imá-

genes, motivos, historias) “que son —explica el autor— encarnadas de un modo plástico en objetos, mercancías, ornamentos, disfraces, figuras de poder y espíritus ‘invisibles’” (p. 29), y que se teatralizan y expresan en diversas manifestaciones y escenarios de la cultura porteña, como el carnaval, los clubes sociales, los Portales, los cafés y las cantinas, las calles, una sesión espiritista-espiritualista, un altar o una vitrina de una sala doméstica, un platillo local de la cocina tradicional, etc.; sin dejar, desde luego, de sustentar sus propuestas de interpretación —nótese que no digo tesis, pues no es una preocupación central del autor “demostrar un argumento o tesis, en un sentido duro” (p. 36)— en una casi exhaustiva “investigación empírica” y en las teorías y conocimientos de corte antropológico e histórico, así como —y esto me parece de la mayor trascendencia— en el discurso literario de autores americanos clave para entender la cultura y la estética caribeñas, como Derek Walcott, Wilson Harris, Aimé Césaire, José Donoso, Octavio Paz y José Lezama Lima, y otros europeos como Italo Calvino, Charles Baudelaire y, sobre todo, Fernando Pessoa.

A propósito de la importancia que posee la literatura caribeña —acaso “la más universal de todas”,⁴ por los ecos

³ Benítez Rojo, *op. cit.*, p. 394.

⁴ *Ibidem*, p. 401.

de las culturas milenarias y contemporáneas que recoge, recrea y proyecta— en la tarea de entender la realidad cultural del “Mediterráneo” americano, Ana Margarita Mateo Palmer y Luis Álvarez Álvarez apuntan: “El discurso literario caribeño, al levantarse sobre una tal variedad de ecos, repite, en su propia estructura posible, la polifonía esencial, descentrada y profunda, de la cultura a la cual pertenece [...] aferra, de manera descentrada y anticánónica, y a la vez descaradamente mimética y creadora, esa febricitante naturaleza del Caribe”.⁵

Por último, conviene también tener en cuenta a la hora de leer esta obra que Flores Martos, sensata e inteligentemente, no asume como suya ninguna perspectiva teórica en particular (premoderna, moderna o posmoderna) para realizar su análisis etnográfico, antes bien, siguiendo a Benítez Rojo, adopta un “tipo de pensamiento acriollado” que, a la vez que retoma elementos útiles de los anteriores paradigmas teóricos —en general, elitistas, logocéntricos y eurocéntricos y que excluyen los saberes de la tradición popular—, se ajusta mejor a la configuración multi-

cultural y transcultural, al plurilingüismo, a la multiplicidad mítico-religiosa y racial y a la variopinta epidermis de las sociedades caribeñas, entre las cuales se inserta por derecho propio la veracruzana.

Cabe anotar que esta evolución criollizadora de las sociedades caribeñas no es, como erróneamente pudiera pensarse, un proceso impositivo de una clase o cultura sobre otra, sino una lenta y complejísima acción cultural discontinua que incluye, entre otras cosas: readecuación de instrumentos de trabajo, formas habitacionales, funciones urbanísticas, modos gastronómicos, conductas psicológicas individuales y sociales, relaciones intergenéricas, modas en el vestir y aderezarse, formas lingüísticas, conductas estéticas, etc. Como atinadamente han dicho los citados Mateo Palmer y Álvarez Álvarez:

Por su extrema complejidad, el proceso de investigación sobre la cultura en el Caribe exige del investigador la definición metodológica del proceso que va a efectuar, ya sea referido éste a uno o varios de los diversos factores que pueden discernirse en el fenómeno cultural: condicionamiento material de la cultura, procesos de producción, sociabilización y disfrute de los productos culturales, creación, mercado y consumo de los mismos, características sustanciales y funcionales de la cultura como componente

⁵ Ana Margarita Mateo Palmer y Luis Álvarez Álvarez, *El Caribe en su discurso literario*, Estado Libre y Soberano de Quintana Roo/Universidad de Quintana Roo/UNESCO/Siglo XXI, México 2004, p. 226.

social, procesos axiológicos referidos a ésta, producción de crítica, interrelaciones entre cultura y política, entre cultura e ideología, interpretación de la cultura como modo de actividad o como esfera especialmente intensa de la actividad creadora.⁶

Obra necesaria, monumental, de largo aliento, escrita nítidamente dentro de los límites del ensayo antropológico con un criterio de *multiplicidad* más que de *profundidad*, *Portales de múcara*, sin duda, causará escozor y polémica entre los veracruzanos. Si bien Juan Antonio procuró, en el proceso de investigación, estar siempre con los sentidos bien abiertos ante la singularidad y heterogeneidad de la realidad en la que estaba inmerso, y esquivar la denominada “antropología de las palmeras” decolorando el discurso tropicalista sobre Veracruz, lo que implica “en cierta medida —acota Flores Martos— decolorar la identidad de los propios veracruzanos”, no todas sus agudas apreciaciones tienen por qué, ni mucho menos, ser compartidas por los porteños, oriundos o adoptivos, “amurallados” o “desmurallados” —o ambas cosas a la vez.

Aun así, *Portales de múcara*, especie de *Rayuela* ajarochada —si se me per-

mite este calificativo cortazariano, por la posibilidad, según creo, de leerla libremente, sin seguir necesariamente el orden y el sentido marcado por su “Índice”—, está destinada, me parece, a convertirse en un libro de cabecera, de lectura y relectura obligada para todos los porteños que se precien de serlo. Dicho de otra manera, *Portales de múcara* —que muy bien pudo haberse titulado, parafraseando a Roger Bartra, *El jarocho ante el espejo*— constituye una excelente oportunidad para que los jarochos, porteños o veracruzanos —como gusten y manden— se miren, de frente y de perfil, en el espejo de su imaginario neopagano, carnavalizado, cosmopolita, “circum-atlántico”; en el espejo de su identidad “en fuga”, “de almanaque”, tan “porosa, osmótica y absorbente” como la piedra múcara, “una identidad que —asegura el autor—, se halla tejida con hebras y matices del tropicalismo colorista, y que una vez internalizada [aquéllos] exhiben con orgullo como propia” (p. 35) ante extranjeros y visitantes.

Horacio Guadarrama Olivera
 Instituto de Investigaciones
 Histórico-Sociales,
 Universidad Veracruzana

⁶ *Ibidem*, p. 30.